BARÓMETRO INTERNACIONAL

VICTORINO PÉREZ
de la Redacción de "Excélsior"

Diferencias Fundamentales

Nos hallamos a principios de septiembre y necesitamos tomar mucho aliento para relatar sin pausas, de la misma manera precipitada como han ocurrido, los acontecimientos que en los últimos noventa días han transformado una situación que en junio nos parecía inquietante en crisis equiparable a la que en 1939 se transformó en guerra europea y, posteriormente, en conflicto universal.

Los Estados Unidos y la Unión Soviética hacen a un lado su pugna por Laos, mediante lo que llaman un acuerdo parcial. Prosiguen sus divergencias fundamentales acerca de Berlín y de la reducción de los armamentos. Resúmese así la breve junta de los Dos Grandes, en Viena:

... el hecho es que los soviéticos y nosotros damos una interpretación completamente distinta a las mismas palabras: guerra, paz, democracia y voluntad popular. Sostenemos puntos de vista diferentes acerca del bien y del mal, de lo que es un asunto interno y de lo que constituye la agresión. Sobre todo, tenemos conceptos absolutamente distintos respecto al mundo y a su destino,

al decir de Kennedy.

Según Jruschov,

... comprendemos la coexistencia pacífica de los Estados en forma diferente. La idea del Presidente es levantar algo semejante a una barrera contra el Movimiento Popular, para establecer en sus países sistemas sociales que los círculos gobernantes de las potencias occidentales consideran inconvenientes.

Condensando aún más la entrevista de Viena: "No se logró ninguna ventaja ni se hizo ninguna concesión."

Prosigue la guerra verbal. Jruschov declara en una ceremonia conmemorativa del vigésimo aniversario de la invasión de Rusia por los ejércitos de Hitler:

... Al terminar este año... firmaremos un tratado de paz con la República Democrática Alemania... En cuanto a aquellos que pretenden amenazarnos con la guerra si firmamos un tratado de paz... tendrán que asumir la responsabilidad completa por sus actos.

Para los Aliados, el peligro no está en la paz separada sino en que, después de ella, el régimen de Ulbricht tome en sus manos la reglamentación de las rutas militares y civiles de acceso a Berlín Occidental. Como en Pankow no se mueve la hoja del árbol sin que antes lo haya ordenado el Kremlin, la amenaza es directa.

Kennedy exhorta a Jruschov a que permita a Berlín decidir su propio destino. Tanto el mandatario norteamericano como el soviético reconocen la gravedad de la situación y expresan el deseo de resolverla por medio de pláticas.

Continúa el duelo de palabras. Penosamente, con lentitud que a ellos mismos exaspera, sopesando y suavizando cada concepto, las potencias occidentales dan los últimos toques a notas diplomáticas casi idénticas, que al fin envían a Moscú, en las que rechazan la demanda de Jruschov de que se modifique la situación legal de Berlín en los próximos meses.

Hemos llegado al 26 de julio. En el Salón Ovalado de la Casa Blanca, Kennedy declara que los Estados Unidos deben aumentar su capacidad de resistencia, sin que por ello disminuya su deseo de negociar. Para lo primero solicita casi tres mil quinientos millones de dólares, que deben sumarse a los cuarenta y cuatro mil millones del programa original de defensa, presentado al Congreso. En apoyo de lo último, dice:

Si (los rusos) tienen propuestas que hacer, no demandas, los escucharemos. Si buscan un entendimiento verdadero, no concesiones que reduzcan nuestros derechos, nos reuniremos con ellos... Estaremos dispuestos a buscar la paz —por medio de tranquilas pláticas exploratorias, en juntas formales o informales.

Los Inadaptados

Avívase la hoguera. La manifestación más clara del efecto producido por las "solemnas advertencias" occidentales y la sostenida ofensiva soviética de intimidación encuéntrase en el éxodo de refugiados del sector ruso de Alemania, hacia Berlín Occidental. El número de los que huyen crece a diario. Ulbricht muestra su nerviosidad: es preciso poner coto a gente que debiera estar trabajando en la construcción del nuevo orden y disfrutando de sus ventajas, en lugar de emprender ignominiosa fuga hacia los meandros del capitalismo. Ulbricht va a Moscú a contar sus cuitas y a los pocos días, casi repentinamente, se inicia la clausura de todas las vías de comunicación, y de escape, entre Berlín Oeste y Berlín Rojo.

Para facilitar la labor defensiva y protectora del régimen de Alemania Oriental, cinco divisiones soviéticas rodean a Berlín. Los aliados recurren nuevamente a sus advertencias y preparan protestas, que serían vigorosas si su tono no se asemejara tanto a las anteriores, enviadas siempre después que los comunistas han avanzado un poco más en la consecución de sus propósitos.

La reacción de las potencias occidentales conturba y desalienta al mundo entero, y muy especialmente a los berlineses de ambos lados. El alcalde Willy Brandt envía un mensaje al Presidente Kennedy en el que le dice que su ciudad cercada espera no sólo palabras, sino "actos políticos". Advierte que Berlín no debe convertirse en un "nuevo Munich".

Kennedy responde a esa demanda reforzando con 1 500 hombres, muy limpios, muy marciales y muy bien armados, la guarnición del sector norteamericano de Berlín Oeste. Aunque se comprende que ese refuerzo es simbólico, la entrada en Berlín de una columna militar que va a contribuir a la defensa de la ciudad levanta el ánimo, no sólo de los berlineses, sino de los norteamericanos mismos y de sus aliados. Invariablemente, los soviéticos han rechazado las notas de protesta de los aliados. No intentan estorbar el arribo de un destacamento, cuyo coronel tenía órdenes de hacerlo llegar a su destino.

Pisándoles los talones a los soldados aterriza en Berlín el Vicepresidente norteamericano Lyndon B. Johnson, con un mensaje de aliento:

La dictadura comunista tiene la facultad de cerrar transitoriamente una frontera, pero ninguna tiranía puede sobrevivir más allá de la sombra de su maléfica fuerza. . . El señor Kennedy y el pueblo norteamericano. . . tienen el firme propósito de cumplir con todos sus deberes y compromisos.

Inyección de optimismo, muy necesaria y muy benéfica, pero incapaz de anular un hecho consumado. Berlín sigue dividido a cal y canto. En la Puerta de Brandenburgo, tanques y camiones de Alemania Oriental —tanques y camiones rusos, en realidad, manejados por fuerzas territoriales— cierran un paso que nadie disputa. Del otro lado de las alambradas y del muro divisorio recién levantado, patrullas norteamericanas, británicas y francesas vigilan los límites de sus respectivos sectores. El flujo de los refugiados se ha reducido a pequeña filtración. Unos cuantos “enfermos” de libertad aún se escabullen; otros, son detenidos o acribillados a tiros por sus fieles protectores.

La Segunda Meta

Falta ahora aislar a Berlín Occidental de Occidente. La tarea es más complicada que la relativamente fácil de separarlo del sector oriental. A la ciudad se llega desde el Oeste por ferrocarril, carretera, canales y corredores aéreos, asignados a las potencias aliadas por convenio expreso con la Unión Soviética, prácticamente desde que terminó la segunda guerra mundial. Violar esos convenios, como se ha violado el concerniente al libre tránsito entre los dos Berlines, sería tal vez orillar a Occidente a tomar las armas, lo que constituiría una torpeza. ¿Por qué no continuar obrando con método, poco a poco, por medio de reveladores sondeos? ¿Acaso esa estrategia no ha producido excelentes resultados en ocasiones pasadas? Podría comenzarse con los molestos corredores aéreos.

Y así se hizo. El miércoles 23 de agosto, Moscú envió notas diplomáticas a Washington, Londres y París en las que negaba que existiesen lazos entre Berlín Occidental y Alemania Oeste, y que los Aliados tuviesen el derecho de acceso a Berlín por los corredores aéreos. Quejábase el Kremlin de que Occidente permitía el transporte aéreo a Berlín Occidental de "elementos subversivos" que pronunciaban discursos hostiles y excitaban al populacho a la venganza. He aquí la parte medular del instrumento explorador de Jruschov:

Esto representa una flagrante violación del acuerdo... por el cual... los corredores aéreos se destinaron a las tres potencias occidentales sobre una base temporal, para satisfacer las necesidades de sus respectivas guarniciones militares, mas no para la realización de los fines subversivos y "revanchistas" del militarismo de Alemania Occidental...

¡Debían cesar inmediatamente esas "actividades ilegales y provocadoras"!

Heridos esta vez en lo vivo, los Aliados se apartaron de su costumbre de meditar sus respuestas hasta quitarles toda acritud, reveladora de una determinación firme. Rápidamente, Kennedy hizo que la Casa Blanca expidiera una declaración en la que se advertía a la Unión Soviética que cualquier obstáculo que pusiese directamente, o por intermedio del régimen de Alemania Oriental, al libre acceso a Berlín Occidental, sería considerado como acto de agresión.

La Gran Bretaña y Francia apoyaron esa advertencia con notas diplomáticas igualmente vigorosas.

Júpiter Tonante

Antes que terminara agosto comenzó la más alarmante fase de la política soviética de intimidación, que al escribirse estas líneas consterna al mundo. Los resultados que la U.R.S.S. obtenga de esta inesperada maniobra posiblemente robustezcan más la posición de Occidente que la suya propia. El miércoles 30 de agosto la Unión Soviética anunció que había decidido reanudar sus experimentos con armas nuclea-

res. El aparente motivo de esa desafiante providencia fue que Occidente continuaba “acelerando la carrera armamentista” y que “el gobierno soviético no podía pasar por alto el hecho de que Francia, aliada de los Estados Unidos... había estado realizando pruebas nucleares”.

Una, entre varias razones verdaderas, quizá sea la de que Jruschov, bien o mal informado acerca del poderío soviético en armas atómicas y proyectiles teleguiados, y por la brillantez que la tecnología rusa ha demostrado en las recientes hazañas de los cosmonautas Gagarin y Titov, haya decidido acelerar el ritmo de su técnica terrorista, para explotar el sentimiento muy difundido en los países neutrales, y entre los pacifistas de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, de que “es preferible ser rojo a estar muerto”.

A la anunciada intención soviética de volver a jugar con armas de respeto siguió, casi inmediatamente, una explosión nuclear de potencia intermedia, en Asia Central soviética.

El estupor mundial producido por el anuncio se transformó en indignación, hasta por parte de personajes y grupos que siempre habían mostrado benevolencia hacia los procedimientos soviéticos y desaprobación por los que siguen los “imperialistas”.

Japón, el país que puede hablar con mayor autoridad sobre los estragos que causan las explosiones nucleares y la lluvia de residuos radiactivos, se apresuró a enviar a Moscú una vehemente protesta, en la que señaló que la decisión rusa de reanudar las pruebas posiblemente tuviera el efecto de obligar a otras potencias nucleares a hacer lo mismo, lo que a su vez conduciría al género humano por el camino de la destrucción. “Esa decisión —añade la nota japonesa— “no sólo echa por tierra los más sinceros anhelos del pueblo japonés, sino que pisotea inmisericordemente las más grandes esperanzas de todos los pueblos que temen la guerra y aman la paz...” Sea cual fuere la forma como los dirigentes del Kremlin pretendan justificar su decisión, el gobierno japonés sostiene que su conducta contradice los temas de “coexistencia pacífica” y “deseo de paz mundial” que el gobierno soviético menciona con frecuencia.

Susurros y Rugidos

Los argumentos justificativos, previstos en la nota japonesa, empezaron a aparecer inmediatamente en todos los órganos de la propaganda soviética. Los dos más notables fueron los publicados en "Pravda" el 2 de septiembre, uno suscrito por el Comité Soviético de la Paz y el otro por la Sociedad de Biólogos Soviéticos. Dice el de estos últimos:

... los biólogos y otros hombres de ciencia secundan unánimemente el punto de vista del gobierno soviético, de que la reanudación de las explosiones de armas nucleares, en la situación presente, contribuye al robustecimiento del bando socialista y al progreso de la humanidad entera.

Más progresista aún es la excusa que en forma de pregunta, precedida por un baño de pureza, da el Comité de la Paz:

Nosotros, los campeones soviéticos de la paz, siempre nos hemos declarado contrarios a las pruebas nucleares, pero... ¿qué podemos hacer si los Estados Unidos y sus aliados amenazan destruir nuestras ciudades y aldeas, transformar regiones enteras en desiertos atómicos, matar a muchos millones de ciudadanos soviéticos?

Menos aún que los campeones soviéticos de la paz podían hacer los Estados Unidos y sus aliados. La Unión Soviética, al reanudar sus experimentos atómicos no viola ningún convenio internacional. La suspensión de las pruebas fue resultado de la Conferencia de Ginebra, efectuada en octubre de 1958, en la que las entonces tres únicas potencias nucleares—los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia— acordaron iniciar pláticas tendientes a encontrar fórmulas aceptables de vigilancia y prohibición definitiva de los experimentos y, mientras se lograba ese fin, sin contraer ningún compromiso concreto, accedieron a suspenderlos.

Los soviéticos afirmaron durante mucho tiempo que tenían verdadero interés en la prohibición de las pruebas nucleares, pero a raíz de los experimentos franceses en el Sahara, ese aparente interés decayó, con la introducción en las recientes negociaciones de Ginebra del principio "troika".

Urgía volver a empeños más prácticos, como el ensayo y perfeccionamiento a campo raso de joyas tan inestimables como las "superpotentes bombas con equivalencia explosiva de 20, 30, 50 y 100 millones de toneladas de TNT", cinco mil veces más poderosas que el petardo de Hiroshima. Ya había hablado de ellas el señor Jruschov, casi en vísperas de cambiar la estrategia de la coexistencia por la del terror.

Trance Comprometido

Además de la indignación universal que provocó la Unión Soviética con su decisión de "contribuir al progreso de la humanidad entera", trastornó fundamentalmente el programa de labores de la conferencia de veinticuatro países "no comprometidos", reunida por el Mariscal Tito en Belgrado, con el principal propósito de "intercambiar puntos de vista acerca de la situación internacional" y "robustecer la paz y la seguridad". En el curso de tan inocua asamblea, el propio Tito y otros delegados tan fogosos como Burguiba, de Túnez, Nasser, de la República Árabe Unida, Sukarno, de Indonesia, Makarios, de Chipre, Dorticós, de Cuba y los menos fogosos de Birmania, Ceilán, Ghana, Guinea, Etiopía, Sudán, la India, Yemén, Camboya, Malí, Marruecos, Nepal, Somalia, Afganistán e Iraq, tendrían ocasión de arremeter contra el imperialismo y el colonialismo occidentales y de exhortar al mundo entero a bajar la guardia y permitir el declinar incruento y paulatino del anacrónico capitalismo y el surgimiento del más racional y humano sistema consultivo, en el que la voz del pequeño tenga tanta validez como la del grande, y en el que el débil reciba por derecho el apoyo amplio del fuerte. Aunque no se haya encontrado aún la fórmula mágica que conduzca a esa utópica y a todas luces deseable situación, hablar de ella, ya sea en tono quejumbroso, airado o dogmático, sirve de válvula de escape de viejos rencores y, además, produce en los sencillos, humildes y afligidos, que son los más, un efecto convincente, que gana votos cuando se necesitan.

Pero apenas la junta neutralista disponíase a soñar, cuan-

do la estremeció la importunísima primera explosión soviética de la nueva serie. Un delegado árabe hizo esta simpática observación:

“Por lo visto, quieren echarnos a perder nuestra junta.”

Otro, procedente de un país asiático, preguntó:

“¿Ahora de qué podremos hablar? La reducción de los armamentos había sido uno de los temas. Jruschov ha acabado con todo ello, antes que empezáramos.”

Otros delegados, menos espontáneos tal vez que los citados, pero con mayor visión práctica, consideraron la posibilidad de que el anuncio soviético obligara a los asistentes a la conferencia de Belgrado a “tomar algún bando, *contra su voluntad*”.

Hizo volver a la realidad a los atónitos delegados neutralistas el Primer Ministro de la India, Jawarharlal Nehru, con un elocuente discurso, en el que les pidió que olvidaran por el momento el colonialismo que los obsesiona y pusieran todos sus sentidos en la más importante labor de tratar de salvar al mundo.

El estadista indio recordó a su perplejo auditorio que la decisión soviética de reanudar las pruebas nucleares abría el camino para que otras potencias hicieran lo mismo y colocaba al mundo “al borde de la guerra”. Su profética advertencia fue la misma que aparecía en la nota de protesta enviada por Tokio a Moscú. Añadió Nehru:

Me asalta el temor de que seamos incapaces de abandonar nuestra costumbre de hablar y no tomar ninguna resolución, y regresemos a nuestros respectivos países permitiendo que el mundo se encamine al desastre... El peligro de la guerra se acerca cada vez más, a causa de la decisión del gobierno ruso de reanudar los experimentos nucleares... La situación actual es la más peligrosa desde que terminó la segunda guerra mundial y tenemos que hacer algo, todo lo que podamos, para ayudar a resolverla... Nada es más importante ahora que la guerra y la paz. Todo lo demás, por vital que nos parezca, es secundario.

Pruebas, pero "Limpias"

Entretanto, Washington y Londres preparaban una declaración conjunta, que expidieron el 3 de septiembre, en la que invitaban a la Unión Soviética a concertar un acuerdo tripartito que prohibiese los experimentos atómicos que dejaran flotando en la atmósfera residuos radiactivos. Ese acuerdo, sin embargo, debía ser suscrito, a más tardar, el 9 de septiembre

Evidentemente, la propuesta angloamericana fue hecha con el propósito de tener un arma que poder esgrimir contra Rusia en la próxima Asamblea de la ONU. De ahí el plazo perentorio de seis días. Añadía la propuesta que los Estados Unidos y la Gran Bretaña reafirmaban su deseo de suscribir un tratado sobre vigilancia de las pruebas nucleares, aplicable a toda clase de experimentos.

La respuesta soviética a esa invitación aliada fue rápida y contundente: una segunda explosión nuclear, en la misma región de Rusia asiática que la primera. El siguiente paso de los Estados Unidos era obvio. El 5 de septiembre, la Casa Blanca expidió la siguiente declaración del Presidente Kennedy:

En vista de las continuas pruebas del gobierno soviético, he ordenado hoy la reanudación de las pruebas nucleares de laboratorio y subterráneas que no produzcan contaminación atmosférica. . . En nuestros esfuerzos para poner fin a las pruebas nucleares, hemos tomado todas las medidas que la razón puede justificar. . . En vista de los actos del gobierno soviético, debemos ahora tomar las medidas que la prudencia califica de esenciales. No tenemos otra alternativa, en cumplimiento de las responsabilidades del Gobierno de los Estados Unidos hacia sus propios ciudadanos y hacia la seguridad de las otras naciones libres. . . Nuestra oferta para llegar a un acuerdo que ponga fin a las pruebas que producen contaminación atmosférica queda en pie hasta el 9 de septiembre.

Casi al mismo tiempo que se conocía esta decisión norteamericana, esperada desde el anuncio soviético, la Comisión de Energía Atómica informó que Rusia había hecho estallar una tercera bomba nuclear.

Por si tres estallidos no bastaran para aturdir y provocar un general "Ya entendimos ¿Qué quieres?", los rusos detonaron un cuarto artefacto el 6 de septiembre. Cunde el pánico. Multiplíquense los aspirantes a amigables componedores. Tito envía a Washington y a Moscú sendas cartas, firmadas por los representantes de los países que se reunieron en Belgrado, en que expresaron su congoja y ruegan a los dos Grandes que continúen su juego de ruleta rusa en torno de una mesa de conferencias pero sin levantar sofocante polvo. Este satura ya el ambiente treinta y cinco veces más que en los felices días de las movilizaciones parciales y las catilinarías retóricas. Nehru y el Presidente Nkrumah, de Ghana, se encargarán de añadir sus exhortaciones personales a las de la carta dirigida al Kremlin, de la que son portadores; Sukarno y Modbo Keita, de Malí, harán lo mismo, en Washington.

La atmósfera, sin necesidad que lo comprueben los contadores Geiger, está cada día más cargada. El verano termina. Estación propicia para la locura colectiva. Sarajevo, 1914... Danzig, 1939...

Victoria Pirrica

¿Se halla el mundo realmente al borde de la catástrofe definitiva? ¿Cuántas veces se ha encontrado en situaciones semejantes, desde 1945?

Los alarmantes acontecimientos de los últimos tres meses nos exponen a que perdamos de vista el hecho de que las potencias mundiales caminan al borde del abismo desde hace mucho tiempo, porque es el único camino que les queda, pero que, no obstante sus actitudes desafiantes, sus "solemnas advertencias", sus maniobras y fintas, sus subterfugios, sus actos de inhumanidad y cinismo y sus costosísimos preparativos bélicos, han logrado hasta ahora evitar el traspié que las arroje al abismo, junto con todos los que las siguen y con los que preferirían ser simples espectadores del grotesco espectáculo. No han dado este paso, sencillamente porque saben que la caída es mortal de necesidad.

Así pues, quizá convenga examinar la presente situación

haciendo caso omiso, en forma provisional, si se quiere, de la mayoría de los inquietantes indicios de un desastre próximo y aceptando, también provisionalmente, puntos de vista más serenos y de mayor alcance.

Tal cosa no es fácil, pues el carácter urgente que se da a lo que es sencillamente perturbador, nos reduce a la situación de creer que, si no se encuentra rápidamente un arreglo definitivo de los principales problemas mundiales, antes que termine el año nos hallaremos envueltos en la nefasta nube en forma de cráneo de primate.

En primer lugar, necesitamos reconocer que, aunque parezca lo contrario, el mundo todavía no está gobernado por gente completamente loca. Aunque lo estuviera, el suicidio colectivo no parece ser la idea dominante de los que han perdido la razón. Acerca de este punto tiene algo interesante que decir el Dr. Howard Gruber, que insertaremos como colofón de esta apresurada glosa.

Para apreciar mejor la lucha que se libra actualmente entre Occidente y la Unión Soviética, es necesario apartar un poco la vista de Berlín, de Alemania, de Ginebra, de la ONU, de Laos, del Congo, de Cuba, de Formosa, y remontarse hasta las postrimerías de la primera guerra mundial, cuando expiró el antiguo imperio ruso y nació el nuevo imperio moscovita.

La ideología comunista, muy anterior al surgimiento de la Unión Soviética, ha desempeñado un papel importante en la historia contemporánea. Por virtud de los múltiples errores cometidos por las potencias occidentales durante la segunda guerra mundial y los años posteriores, el mundo se halla ahora dividido en dos bloques antagónicos: el capitalista, que representa la difusión del poderío político entre muchos, y el comunista, que aspira a la concentración de ese poder.

Para la consecución de sus fines, el nuevo imperio ruso ha recurrido a la conquista de naciones, principalmente en Europa Oriental, después de la segunda guerra mundial. También se ha aliado, primero como protector y, ahora, muy a regañadientes, como igual, a China revolucionaria, aunque

esa alianza es precaria y está preñada de peligros y desventajas.

Otro de los aspectos de la transformación de Rusia en potencia mundial de primera fila ha sido el robustecimiento enorme de sus fuerzas armadas: cuando terminó la segunda guerra mundial, Rusia quedó con un ejército muy superior a todos los de Occidente, combinados. Sin embargo, no poseía la bomba atómica, a la sazón arma exclusiva de los Estados Unidos.

A esa circunstancia obedeció principalmente el que no hubiese estallado la tercera guerra mundial poco después de haber terminado la segunda. El resultado de ese conflicto probablemente hubiese sido la conquista soviética de toda Europa y el aislamiento de los Estados Unidos en su continente. Pero existía la bomba atómica y los rusos necesitaban tiempo para anular esa ventaja norteamericana. Necesitaban asimismo aprovechar la situación privilegiada en que habían quedado respecto a una Europa debilitada, dividida y sin ánimos para luchar, después del tremendo agotamiento de cinco años. La ocasión era ideal para que los rusos consolidaran sus posiciones y avanzaran un largo trecho por el camino de la hegemonía universal.

A mediados de la década de 1950, Moscú contaba ya con su propia bomba atómica. La ventaja del bando capitalista había desaparecido. Los Estados Unidos no podían emplear más su potencial nuclear contra una agresión rusa, a menos que estuviesen dispuestos a pagar el alto precio de su propia destrucción, si los rusos contraatacaban con las mismas armas.

Podría decirse que al neutralizar la potencia nuclear norteamericana, Moscú se hallaba en la misma situación que la que hubiese existido si al terminar la segunda guerra mundial los norteamericanos no hubiesen tenido la superioridad militar que les daba la bomba con que habían consumado la derrota del Japón. El Kremlin, con armas convencionales, podía a la sazón dominar en Europa, en el Cercano Oriente, en Asia, en Berlín, casi en todas partes. Pero ese razonamiento era falso. La verdadera situación militar era muy distinta: armas convencionales significan guerra limitadas; pero cuan-

do los beligerantes disponen de armamento nuclear, es casi imposible que limiten sus guerras, a menos que se resignen a derrotas parciales, lo que es contrario a sus intereses nacionales y a su orgullo como potencias. Los rusos lo saben, como lo sabe también Occidente.

Así pues Moscú no se encuentra en condiciones de aprovechar su superioridad en armamento convencional y en el número de sus divisiones. La *existencia* misma de las armas nucleares constituye el factor principal en la determinación de la estrategia militar.

La situación aseméjase a la de dos contrincantes encerrados en un pequeño cuarto del que no pueden huir —el mundo ha dejado de ser inmenso— ambos provistos de sendas granadas con las que pueden matar a su adversario, pero sin evitar perecer también.

De esa manera, el mundo ha llegado a un grado de seguridad mucho mayor del que en ninguna otra época tuvo, pero también a un grado de peligro incomparablemente más grande que el que afrontaba antaño, si por cualquier circunstancia *ajena a su voluntad* desaparece súbitamente el factor disuasivo de la desintegración y de la fisión atómicas.

Los rusos pueden permitirse el lujo de asumir una actitud retadora y provocativa en Berlín, por ejemplo, mientras Occidente dé muestras de debilidad y se declare dispuesto a hacer concesiones, aunque sean pequeñísimas. Pero en el momento mismo en que los Aliados decidan poner un “hasta aquí”, Moscú tendrá necesariamente que enmendar su terreno. Eso ya ha ocurrido en otras ocasiones —Corea, Líbano, Berlín mismo— y seguirá ocurriendo, cuando intransigencia signifique exterminio.

En estos momentos de reto insolente, de provocación extrema, de medición astuta del verdadero ánimo del contrincante, cualquier signo de debilidad de parte de Occidente será más peligroso que una actitud beligerante, y hasta que un acto abierto de represalia.

Volviendo a la expansión del imperio soviético a través de la conquista de territorios y de pueblos, podría decirse que ese engrandecimiento no está exento de dificultades y

peligros. Entre las muchas enseñanzas de la historia hallamos la muy clara de que todos los imperios se debilitan en la misma medida que se extienden más allá de los límites de su capacidad, hasta que llegan a su extinción, por agotamiento. Ningún régimen puede gobernar indefinidamente sin el consentimiento de los gobernados. El efecto entumecedor de la fuerza bruta o de la autoridad arbitraria, ejercida exclusivamente con el apoyo de las armas, se disipa cual el de un analgésico. Llega el momento en que es indispensable aumentar la dosis, a intervalos cada vez más frecuentes.

La ideología comunista no es un lazo de unión lo suficientemente fuerte para convertir en monolítico al imperio ruso. Lo ocurrido en los últimos años en Polonia, en Alemania Oriental, en Hungría y, en forma quizá mucho más significativa, en Yugoslavia, China y Albania, demuestra que los polacos, los alemanes, los húngaros, los yugoslavos, los chinos y los albaneses son, antes que nada, nacionalistas y después, mucho después, comunistas. Esto aplícase hasta a sus mismos dirigentes.

La suposición de que el nacionalismo muere cuando el comunismo lo reemplaza no está apoyada por los hechos. El nacionalismo se sumerge para salir a flote cuando se remueva el fondo.

En la Unión Soviética misma, los miembros del partido comunista forman una pequeñísima minoría, una élite muy especial, casi toda ella perteneciente a la llamada *intelligentzia*. El pueblo ruso, el gran pueblo ruso, no es todavía comunista. Puede afirmarse que cuando los rusos se enorgullecen de las sorprendentes hazañas de sus hombres de ciencia y de sus cosmonautas, o cuando dan todo su apoyo al régimen, prescindiendo año tras año de los artículos de consumo que tanto necesitan, para permitir mayor producción industrial y bélica, lo hacen inspirados por un profundo sentimiento nacionalista, más bien que por admiración hacia el partido.

¿Podría la Unión Soviética mantener unido su vasto imperio, después del estallido de la primera bomba termonuclear? Cuando estuviese en peligro la existencia misma de la

Unión Soviética, ¿seguirían bastando las bayonetas y los tanques para conservar sumisos a los satélites? ¿Puede considerarse a China Roja como parte del bloque soviético, o como un organismo autónomo inmensamente ambicioso, clavado cual espina en el costado de Rusia? ¿Existe realmente un solo bando comunista con recursos inmensos y 800 millones de súbditos? ¿No son acaso tres núcleos distintos, que pugnan sordamente entre sí y capaces de debilitarse recíprocamente?

Si damos a estas preguntas una contestación negativa, no obstante la situación ventajosísima que los rusos ocupan ahora, especialmente en Alemania y Berlín, tendremos que concluir que su fuerza no es inconmensurable ni abrumadora, pues si la utilizan un milímetro más allá del límite de la intimidación se exponen a perder en cuarenta y cinco minutos lo que han estado conquistando y organizando en cuarenta y cinco años.

El Reino de los Muertos

El Presidente de Francia, General Charles de Gaulle, en una entrevista de prensa, hizo esta apreciación magnífica del caso que ahora aflora en Berlín:

Si los rusos desean reducir por la fuerza las posiciones y cortar las comunicaciones de los Aliados en Berlín, éstos se verán obligados a mantener tales posiciones por la fuerza. . . Ciertamente, poco a poco, si todo esto causa la multiplicación de los actos hostiles de los soviéticos, a los cuales deba darse respuesta, podría sobrevenir una guerra general. . . Pero eso sería lo que los soviéticos hubiesen provocado deliberadamente y, en ese caso, cualquier retirada de los occidentales sólo serviría para debilitarlos y dividirlos, sin impedir un acto decisivo. . . Si llega la guerra, la puesta en marcha de las fuerzas destructivas conduciría, sin la menor duda, al completo derribo de Rusia y de los países que son presa del comunismo. . . Pero aun en caso de una victoria soviética, *¿qué provecho se obtendría de reinar sobre los muertos?* Además, ese imperio también terminaría, porque al ocurrir un desastre semejante quedarían destruidos los apoyos de un régimen que sólo puede mantenerse gracias

a una organización autoritaria y a una fuerza policíaca rígida e impuesta implacablemente.

Sin excluir la posibilidad de que estalle en los próximos meses la guerra, ésta nos parece la solución menos práctica y, por lo tanto, la menos favorecida, de las diferencias entre Occidente y Rusia. Cuatro lustros llevan las grandes potencias haciendo malabarismos para que los cañones no hablen. Bien pueden continuar haciéndolos un poco más, hasta que surjan nuevos factores, nuevas presiones y nuevos hombres que hagan resaltar la inmensa insensatez de la pugna.

Ahora, la anunciada observación final, que nos proporciona, no un político ni un general, sino un psicólogo: Dijo el Dr. Gruber, en un simposio de la Asociación Norteamericana de Psicología, que la amenaza de la bomba "H" es una forma de locura colectiva, en la que nos disponemos a matar a decenas o a centenares de miles de habitantes de otros países, sin esperanza de sacar ningún provecho de ello, salvo un número menor de víctimas en nuestro propio país; y añadió:

Lo curioso de esta colectividad de la muerte es que los individuos que la están preparando son, en su mayor parte, sanos e inteligentes. Los sabios de ambos bandos son normales, los militares son sensatos y también lo son los estadistas. Individualmente existe la sensatez, *pero el conjunto está enfermo.*

Muy enfermo, sin duda. Pero el mal está haciendo crisis. Poco ha de faltar para que sepamos si el enfermo mejora... o revienta.

Lo Secundario

En comparación con el panorama sombrío que acabamos de recorrer con los binoculares un tanto desenfocados de la prensa y la radio, el que presentan otros sectores menos turbios del planeta nos parece carente de relieve, minúsculo, como si hubiésemos tomado al revés nuestro instrumento de observación.

En efecto, si se desata y barre con todo la tormenta que anuncian cuatro truenos, por el rumbo de Asia Central, y un nubarrón por el de Europa Oriental, no es de esperarse que dejen huella sucesos del último trimestre tan secundarios como las conjuras militares de bolsillo en la Argentina, la desintegración paulatina del régimen castrista en Cuba, el ocaso del trujillismo en la República Dominicana, los dolorosos preparativos para la amputación de Argelia, el despertar de Angola, la decisión inglesa de ingresar en el Mercado Común Europeo, el frustrado intento de Iraq por apoderarse del minúsculo pero riquísimo reino petrolero de Kuwait, la reacción militarista en Corea, el choque entre Túnez y Francia, por Bizerta, el segundo vuelo espacial norteamericano, el anuncio de la Utopía comunista, para dentro de veinte años, la piratería aérea, y hasta la traducción a cifras y programas, en Punta del Este, de la Alianza para el Progreso y la pasmosa claudicación de Janio Quadros.

El Aprendiz de Brujo

Si el mundo escoge la vida, la declaración expedida por las naciones de América en Punta del Este, al terminar la conferencia convocada por el Consejo Económico y Social de la Organización de Estados Americanos, con el fin principal de examinar y dar forma concreta a las propuestas del Presidente Kennedy de una "Alianza para el Progreso", constituirá en el próximo decenio uno de los instrumentos internacionales más consultados, discutidos y modificados en el Continente. De él partirán innumerables medidas destinadas a modernizar los sistemas impositivos, reorganizar eficazmente la distribución de tierras, mejorar la educación pública y dar potente impulso a la industrialización de Iberoamérica.

Este asunto, aunque lo hayamos incluido entre los secundarios, lo es sólo en la medida en que puede ser secundario el proyecto de erección de un hermoso edificio en un terreno que quizá se hunda de un momento a otro. De otra manera, y especialmente por quedar dentro de lo que consideramos "lo nuestro", es de importancia capital y merece algo más

que una simple mención. Para ello necesitamos más espacio del que ahora nos queda y también un poco de tiempo para observar el brote de los primeros tallos. El árbol está aún desnudo. Lo acaban de plantar.

Concluiremos, pues, con el singular incidente brasileño, acerca de cuyo protagonista el Dr. Gruber, citado antes, podría indudablemente escribir un libro entero.

Janio Quadros llegó a la presidencia del Brasil apoyado por el voto abrumador de los ciudadanos y precedido de la fama de administrador capaz y gobernante hábil. Se le consideraba intensamente patriótico, dispuesto a enfrentarse a cualesquiera obstáculos y a apartarlos de su camino, ya fuese con su famosa "escoba" o con su poder de persuasión y su pericia de político avezado. También se reconocía que era independiente e impulsivo.

Llegó al poder proclamando que Brasil era, en potencia, una gran potencia y que él encabezaba un movimiento arrollador contra la corrupción y la ineficacia gubernamentales, contra el atraso social y económico, contra el complejo lusoamericano de inferioridad. Su cruzada, según él, era invencible: "un estado de ánimo, un hecho incontestable, impregnado en la conciencia de la nación, lo que nada ni nadie podría modificar o paralizar". Afirmó que la única manera de detenerlo sería asesinandolo.

Quadros era la personificación de una nueva era brasileña, el modelo del estadista del Nuevo Mundo futuro: sabio y honrado, resistente y dúctil. De él, por lo tanto, se esperaban cosas grandes y maravillosas.

Pero desde los comienzos de su régimen, el nuevo Presidente brasileño mostróse desconcertante. Un buen día salía en defensa de Castro y arremetía contra la política norteamericana en Cuba y al siguiente declaraba que Brasil se sentía ligado a la causa de Occidente por su tradición cristiana y su instinto democrático. A continuación, enviaba delegaciones político-mercantiles a los países comunistas, establecía relaciones diplomáticas con Rumanía, Bulgaria, Albania y Hungría y gestionaba la reanudación de las interrumpidas con la Unión Soviética catorce años antes. Recibía con

frialdad a Adolf A. Berle, enviado como explorador especial por Kennedy, rechazaba una oferta inicial de 100 millones de dólares para ayudarlo a enfrentarse a compromisos inaplazables, y poco después aceptaba ayuda económica norteamericana por cerca de mil millones. Rompía lanzas con el embajador John Moors Cabot porque éste había insinuado que era un error considerar a Brasil como nación "no comprometida", al advertir que su gobierno "no toleraría críticas de diplomáticos extranjeros". Acto seguido añadía: "Brasil no desconoce las obligaciones que ha contraído con sus hermanos del continente."

En suma, Quadros se perfiló desde un principio como veleta. Genial y pintoresco, indudablemente, pero errático. Ante esa conducta inesperada y a raíz de haber impuesto arbitrariamente la censura en las estaciones de radio y televisión, un periódico de São Paulo firme partidario suyo, expresaba así la creciente preocupación general:

Un liberal demócrata, sinceramente convencido, nunca hubiera tomado ese camino. Suponemos que todavía no ha dicho la última palabra acerca de los fundamentos de sus creencias políticas.

La última palabra la dijo cuando, ante la indignación que provocó entre los elementos civiles y militares el efusivo recibimiento que hizo al "Ché" Guevara, a quien prendió personalmente en el pecho la insignia de la Orden del Cruzeiro do Sul, y la inminente reanudación de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, en lugar de transigir, aplacar, combatir, acudir al Congreso o al pueblo directamente, o asumir cualquier otra actitud propia del primer mandatario de una gran nación, que ha aceptado el compromiso ineludible de guiarla y defenderla durante un periodo constitucional determinado, prefirió dejar la nave al garete e irse en otra a navegar hacia Europa, mientras su sucesor constitucional, el Vicepresidente João Goulart, se hallaba en el Lejano Oriente.

¡Lástima mucha que se haya eliminado a sí mismo un hombre que prefirió ser impulsivo a ser constructivo!

Lo que siguió fue el desencadenamiento de las pasiones

políticas, largos días de incertidumbre entre aceptar un sustituto legal pero demasiado radical, o exponerse a ruinoso guerra civil. Prevalció una fórmula de transacción: João Goulart, el izquierdista detestado por las fuerzas armadas y por los políticos moderados, será Presidente. Tancredo Neves, que fuera Ministro de Justicia de Getulio Vargas y que pertenece al Partido Socialdemócrata, dirigirá el gobierno del Brasil, en calidad de Primer Ministro. Si este experimento con el sistema parlamentario no satisface al pueblo, éste podrá modificarlo mediante un plebiscito.

Los problemas del Brasil continúan siendo los mismos que antes que llegara Quadros. A lo lejos escúchanse los últimos acordes de un conocido poema tonal de Paul Dukas.